

EL CULTO A LOS DIFUNTOS EN LA ROMA CLÁSICA

Los romanos daban gran importancia al culto de los difuntos, hacia los que sentían un profundo respeto. Los cultos en su honor servían para mantenerlos aplacados y propicios a sus hogares.

Cuando un romano moría se preparaba minuciosamente el funeral. De la puerta del hogar familiar pendían ramas de ciprés y la llama del altar de la casa se apagaba en señal de duelo. El cadáver era lavado, perfumado y sobre él se colocaban flores, coronas y cintas. El cortejo fúnebre salía de casa del difunto siguiendo a los músicos y a las plañideras. El ataúd, descubierto, era llevado a hombros por familiares y amigos. Al pasar por el foro, el cortejo se detenía y un allegado del difunto pronunciaba un discurso fúnebre. Algunos asistentes se tapaban la cara con máscaras de cera que representaban a los antepasados. El cadáver podía ser incinerado o o inhumado. Si se optaba por la incineración, las urnas con las cenizas se introducían en unos nichos o columbarios o bien podían ser enterradas; los cuerpos sin incinerar eran inhumados en panteones o en tumbas más humildes.

Los cementerios solían estar a las afueras de la ciudad, junto a los caminos o vías. De este modo los viajeros leían los epitafios y tenían un recuerdo para los difuntos.

El luto riguroso duraba nueve días, en los cuales los familiares vestían de negro, iban desprovistos de adornos y joyas y descuidaban la barba y los cabellos. A los difuntos se les recordaba todos los años en febrero, mes de las purificaciones: se visitaban los sepulcros, donde se colocaban alimentos, flores y otros obsequios.

El mundo de los muertos

Los romanos creían que las almas de los muertos descendían a los Infiernos (de *inferos*, en la parte inferior). El mundo de los muertos, también llamado Averno o Hades, estaba gobernado por Plutón y por Proserpina, su compañera. Para acceder a él, las almas debían cruzar la laguna Estigia en una barca conducida por Caronte, previo pago del peaje; por ello, al difunto se le ponía una moneda bajo la lengua. Las puertas del Infierno estaban guardadas por el Can Cerbero, feroz perro de tres cabezas. Más adelante las almas eran juzgadas y se les destinaba a la estancia que les correspondía según sus acciones en la tierra.

Según narra Virgilio en su libro VI de la Eneida, el Infierno estaba dividido en siete zonas. Entre ellas estaba el Tártaro, que era un lugar lleno de tormentos donde los malvados sufrían castigos eternos y los Campos Elíseos, donde moraban en eterna felicidad las almas bondadosas y los héroes. Este lugar estaba bañado por el río Leteo, cuyas aguas tenían el poder de hacer olvidar a los muertos su vida pasada.